



Foto: Isabel G. de Diego

VENGO A QUE ME DEN USTEDES LA MANO DE SU HIJA

En la calle General Ricardos, de Madrid, habitaba una señora, doña Daniela, casada con don Daniel, militar, con ocho hijas y un hijo, todas ellas doncellas y bellas.

El chico, que estudiaba para cura, se salió del Seminario porque no podía aguantar los sobeteos del padre espiritual cuando le llevaba por los montes de la oración y la Mística.

Para sorpresa de sus `padres, el chico les dijo, cuando se presentó en casa sin haber avisado que se salía del Seminario:

-Madre y Padre, lo siento. Me he salido del Seminario porque estoy harto de que el padre espiritual haga lumbre de mi culo y de mis partes.

Los padres, sorprendidos y doloridos, aceptaron su decisión, comentándole la madre al padre:

-Mira, esposo, recuerda: lo mismo hacía el cura párroco a nuestras hijas que cantaban en el coro de la parroquia.

El esposo respondió:

-¡Malditos! ¡Qué sacrílegos!

De entre las hijas, la más joven se llamaba Rosa y, a la edad de dieciocho años, se enamoró de un chico de la Barriada del Tercio Terol, en su primera visita a la Discoteca La Barca, cerca del Cementerio de san isidro, que tenía, más o menos, la misma edad que ella.

Este chico, Nemesio se llamaba, con buena planta, ya despuntaba para depredador y bandolero. Entre los amigos, se vanagloriaba de las “chicas a las que había seducido y follado a base de hostias”, como él mismo decía.

Más como el Amor es ciego y ciega más a las inocentes doncellas, esta terrible fiera enamoró a Rosa prometiéndole una vida feliz con elegantes comidas y cenas de perdices y tórtolas halagüeñas.

Cuando él, un día, llegó a casa de sus padres para decirles: “Vengo a pedirles la mano de su hija”, ella aceptó volando, y sus padres, sin conocerle bien, se la concedieron. Llegado el día de la boda, por la Iglesia se casaron.

Pero, a la hora del camino en tren a su Luna de Miel en Málaga, el principió a pegarla para que hiciera Sexo violentándola.

Después de la cruel y sanguinaria Noche de Bodas, Rosa llamó a su madre llorando, diciéndole:

-Madre mía, qué mal he hecho en casarme con esta fiera; y eso que usted y padre decían: “con él irás tan guardada como si con nosotros fueras”.

Ha hecho de mí lo que ha querido, madre. Después de golpearme con las manos por todo el cuerpo, machacándome el vientre y la cabeza con los pies, me ha obligado, sin yo quererlo, a hacer sexo oral y anal; y hasta se ha corrido entre mis pechos y en las orejas.

Madre, no sólo me ha deshonrado, sino que hasta quiso cortarme la lengua para que no gritara.

-Hija mía, qué mala suerte has tenido. Si pudiéramos, tu padre y yo iríamos a por ti, y cien puñaladas le diéramos.

Si te sirve de consuelo, hija, no olvides que tus hermanas y hermano, y nosotros, estamos contigo. No estás sola.

-Daniel de Culla